

De bajadas y subidas



Francisco José Ruiz Pérez, SJ

Llegada de la Virgen a la plaza de España (2015). JFA

Son muchos los recuerdos de varias Bajadas que me confirman la misma experiencia. Cuando he procesionado como sacerdote, no he podido menos que fijarme en el impacto que, todavía evidente en los rostros de la gente, deja el paso cadencioso del trono de la Virgen. No pocas de esas caras exteriorizaban una vivencia inusitada y sorprendente que les había sobrepasado sin tiempo para reaccionar. Eran rostros emocionados, a los que aún se les enjugaban lágrimas con el torso de la mano, intentando contener el borbotón de sentimientos espontáneos que casi traicioneramente habían irrumpido sin permiso previo.

Para quienes procesionamos detrás de la Virgen empujados por la música de las bandas, no es difícil robar alguna mira-

da de los que nos flanquean, apostados a ambos lados de la calle. Las miradas retratan personas que, al contemplar a la Señora, han sido tocadas en su verdad. Se trata de esa verdad que sólo es capaz de pronunciar el corazón y nadie más que él. Son las miradas de quienes han dialogado con la Virgen en su camino a través de la ciudad: diálogos sinceros, muy directos, desprovistos de presentaciones, durante los cuales se ha puesto sobre la mesa lo más importante de la vida, lo más esencial del trance de las historias cotidianas. Las lágrimas de esos ojos delatan memorias heridas, soledades causadas por ausencias todavía sentidas, penas antiguas y recientes. Pero la Señora consigue que todo eso sea, en ese instante y a su paso, motivo para engendrar una esperanza nueva.

Porque lo consigue, ciertamente. Los rostros dicen que la Virgen sabe escuchar, que se pone en nuestro lugar, que no son necesarios grandes esfuerzos para que nos entienda. La Virgen no transita distraída y ensimismada por las calles de Santa Cruz sin inmutarse por nada. Al contrario, no desconsidera cuestión alguna, ni aparta dolores que le importunen. El latido de la ciudad termina siendo latido de su propia interioridad. La isla y su gente son suyos, tanto como para la isla y su gente es suya la Virgen.

Y eso es lo impresionante. La Bajada acaba tomando la forma de un gesto de empatía de las cosas del cielo para con las de la tierra. Es el recuerdo de que todo lo que hay dentro del santuario de Las Nieves es todo lo que hay fuera de él en La Palma. El santuario no es un espacio hermético y protegido. Está conectado con cuanto acontece más allá de él, a un lado y otro de las cumbres y por entre la malla de barrancos que surcan la isla. De que así

sea se encarga la Señora, la que desciende hasta donde está el corazón de aquellos que dialogan con ella, para luego cargarlo consigo hasta arriba, donde su santuario.

Quizás lo que finalmente celebramos cada cinco años es que Dios está cerca después de todo: que su bajada es subida, que su Vida tiene que ver totalmente con la nuestra.

La Bajada es el recuerdo de que todo lo que hay dentro del santuario de Las Nieves es todo lo que hay fuera de él...

Virgen al paso por el Castillo (2015). JFA

